

reconocer los méritos literarios de otros que las tuvieron distintas de las suyas, y con amplio criterio, con espíritu humanista, leyó las más diversas literaturas, siempre convencido de que el arte establece una armonía y hermandad universal.

Artista y poeta por naturaleza, aunque dedicado casi exclusivamente a la crítica y erudición, todos sus juicios, además de eruditos, son estéticos. La prosa, aunque a veces peca de exceso de elocuencia y retórica, es entusiasta y arrebatada y en ella se traslucen sus dotes artísticas. Es muy ameno en la expresión y clarísimo en los conceptos.

Sus principales obras: *La Historia de las ideas estéticas en España*, *Historia de los Heterodoxos españoles*, *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*, *Orígenes de la novela*, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, *Estudios de crítica literaria* y *Antología de líricos castellanos*. En estos últimos se interesa tanto por las figuras antiguas, tales como Rodrigo Caro y Tirso de Molina, como por los modernos, Pereda y Galdós.

Su conocimiento de las literaturas extranjeras antiguas le sirvió de mucho para sus estudios de literatura comparada.

Muy conocidas son las anécdotas de este infatigable lector. Gran parte de su vida la pasó en el Ateneo, en su despacho particular, donde permanecía leyendo en-

tre montones de libros, olvidado de toda otra cosa. Un camarero del Ateneo subía al despacho a entrarle a don Marcelino la comida, que depositaba a un lado en la mesa cargada de papeles. Más de una vez don Marcelino, embebido en la lectura, se olvidaba de comer, y cuando el camarero subía a recoger los platos vacíos, se encontraba con la sorpresa de hallarlos sin tocar.

Don Marcelino veraneaba en Santander, su ciudad natal. Permanecía encerrado en la biblioteca de su casa, ahora Biblioteca Menéndez Pelayo que pertenece a la ciudad, y sólo al atardecer se permitía el esparcimiento de coger el tranvía de Miranda para ir al Sardinero. Pero lo curioso es que el ilustre sabio subía al tranvía con un libro abierto que continuaba leyendo durante el trayecto, de modo que al llegar al Sardinero, enfrascado en la lectura, no descendía, y como el tranvía es de circunvalación, se volvía al punto de origen sin haber dejado de leer. Estas dos anécdotas y otras muchas de sabio distraído, retratan al hombre que tuvo la mente ocupada por cosas más altas y que con su esfuerzo considerable de concentración y trabajo ininterrumpido, con su enorme capacidad de síntesis, pudo crear la Historia de la Literatura y del pensamiento español.

